

# La apuesta perdida. Ensayo sobre la crisis del marxismo 'real'

George Labica\*\*

El aceleramiento, desde 1989, de proceso de reformas conocido bajo el nombre de *perestroika*, la caída de los países socialistas del Centro y del Este de Europa, la destrucción del muro de Berlín y la reunificación de Alemania, el hundimiento reciente, finalmente, del Partido comunista soviético y la fragmentación de la URSS son una incitación a volver sobre la "crisis del marxismo", incitación tanto más urgente cuanto que esta vez la unanimidad parece hacerse sobre su carácter definitivo. La voluntad de estos regímenes, particularmente del más antiguo y del más poderosos de ellos, de pasar a la economía de mercado y a la democracia de tipo occidental, confirmaría el fin del comunismo y con él, el del marxismo.

Las (hipo) tesis que siguen, y que necesitarían un mayor desarrollo, quieren sugerir que las cosas no son tan sencillas como pueden parecerlo para los juicios siempre apresurados y a menudo orientados de una actualidad rica en sobresaltos.

1. Partiré de una constatación. Los fenómenos a los que asistimos hacen por fin<sup>1</sup> visible, y hasta legible, la naturaleza de lo que se suele llamar "la crisis del marxismo". Manifiestan su carácter político abiertamente. En verdad, sería más exacto hablar de las crisis

del marxismo, ya que resulta patente que la existencia de este último se confunde con la sucesión de sus "crisis", desde la primera que hubo, en 1898 (la expresión es utilizada por T.G. Masaruk) hasta la que tenemos bajo los ojos. Al haberse dado como meta, no ya interpretar el mundo, sino cambiarlo<sup>2</sup>, es decir intervenir directa y prácticamente en los asuntos de la Polis, el marxismo constituye el único caso de las figuras históricas que, de manera u otra, se autorreclaman descendientes suyos. Como Visnu, está condenado a sus vicisitudes. Funciona a golpe de crisis. "La crisis del marxismo es pues forzosamente la crisis de sus formas de existencia históricas"<sup>3</sup>. Sin duda, desde el último Engels, y con los primeros sucesores, un Labriola, por ejemplo, o un Plekhanov, el marxismo suscitó primero debates teóricos, que se debían a su función crítica, a sus carencias, a sus oscuridades, hasta a sus contradicciones pero ya y sobre todo al aspecto circunstancial, teórico-práctico, de muchos de sus análisis (de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* a *La Crítica de los programas de Ghota y de Erfurt*), para no decir de todos, *Capital* incluido<sup>4</sup>. Muy pronto, de todas maneras, con la revisión de Berstein, provocada pro los nuevos desarrollos del capitalismo, y las discusiones que suscitó (K.Kautsky, R.Luxemburg), lo po-

lítico que emerge con los primeros pasos institucionales hacia la clase obrera (organizaciones, programas, estrategias, formación de los militantes, etc), ha mostrado ser lo que verdaderamente estaba en juego para las diferentes líneas doctrinales. El juego, tanto más dramático cuanto que estaba asegurado pro formas institucionales más fuertes, ortodoxias y herejías, esta pareja indisoluble, no ha hecho más que repetir esta situación. ¿Pero acaso era distinto en los años cuarenta, cuando Marx y Engels polemizaban duramente con sus hermanos enemigos socialistas y comunistas? Con más razón todavía hoy, cuando se está derrumbando el marxismo estatizado, lastrado por sus setenta años de existencia mundialmente tumultuosa. De ahí la legibilidad, unavez se observa detenidamente.

Existe también otro anclaje, más profundo, en el sentido de que lo político es precisamente la parte más débil, digamos la más abierta de la obra de Marx y Engels<sup>5</sup>. La teoría del poder está en ellos limitada, en cuanto a lo esencial, a su vertiente crítica y sólo se le añaden algunas vistas prospectivas que no pueden, en caso alguno, ofrecerse como el retrato de la futura sociedad comunista, ya que el comunismo mismo no es más que la (una) tendencia inscrita en el seno de las relaciones capitalistas de

For Manuel,  
muy cordialmente  
16.11.99  
G

ducción "el movimiento real que vive el Estado actual", según la sociología alemana.

La crítica del Estado hegeliano, prolongada particularmente por las doctrinas de los regímenes francés y alemán de su tiempo, si bien procede de una enérgica deconstrucción, en términos de clases y de relaciones de fuerzas, y denuncia la posible instrumentalización de los aparatos de poder por parte de los dominados, no da lugar, sin embargo, a una visión estratégica definida. Se limita a proporcionar orientaciones de principio: gobierno de los trabajadores, necesidad de una fase de coerción (dictadura), privilegio atribuido a la "sociedad civil", e instauración de una democracia no formal-burguesa. *El Capital*, interrumpido por la muerte de su autor, sólo dedica, es bien sabido, una página a las clases. Las alianzas de clases, que condicionan el proceso comunista. Determina las condiciones y los medios de la toma del poder y prefigura sus formas y su estructura, de forma primero programática. Ahora bien, aquí también, las opciones siguen abiertas. Pues existen, en Marx y Engels, dos vías para la transición. La primera o mayor, la vía real, considera que el estado más desarrollado del capitalismo, realizado en los países avanzados de Occidente, sobre el triple plan de las fuerzas productivas, de la democracia política y de la toma de conciencia de las masas, debe permitir el advenimiento de una sociedad, en todos los aspectos, de tipo superior.

La revolución burguesa precede lógicamente la revolución proletaria. Francia, donde las luchas de clase "se han llevada a cabo hasta el final" resulta el paradigma de ello. Quedando claro, por otra parte, que el proceso de esta mutación no obedece a ninguna regla fijada a priori: puede cumplirse de forma violenta, conforme a sus precedentes históricos y como lo



prevé el *Manifiesto*; también puede conocer un desarrollo pacífico y hasta parlamentario, como parecen sugerirlo tardíamente los ejemplos de Alemania, Francia y Estados Unidos. La segunda vía, menor, y bastante desviacionista en comparación con el clasicismo de la primera, es formulada in extremis, como hipótesis, a partir del caso de Rusia, por Marx, aprovechando su último prefacio del *Manifiesto*. Engels la desarrollará después, en sus intercambios de correspondencia con los economistas y los primeros marxistas rusos (V. Zassoulitch, G. Plekhanov). Se trata de la posibilidad de un paso al comunismo, que, de algún modo, ahorraría, si no el estadio capitalista, a menos su expansión, tomando como argumento, en este caso, la comunidad de aldea (obchitine)<sup>8</sup>. Se teorizará a la vez en la experiencia de la revolución china (maoísmo) y con destino a las luchas del Tercer Mundo, bajo la figura de "vía no

capitalista de desarrollo". Bien sabemos que la historia del siglo XX hizo evidente la paradoja de que la menor se impuso ampliamente sobre la mayor, hasta para la URSS (volveré sobre ello) en las empresas de "construcción del socialismo". No fue sino a costa de distorsiones considerable y cargadas de consecuencias que se intentó o más bien legitimó doctrinalmente, el cruce de las dos vías. La excepción produjo la norma, mientras que el movimiento obrero de los países del "centro", en principio protagonista designado de la revolución, veía que se difería indefinidamente la hora de su victoria. Entre las dos vías, la demarcación, que tenía por nombre "cuestión campesina" y en algunos casos, de forma corolaria, "cuestión nacional", era sin embargo y difícilmente reductible. Con la vía mayor, se podía pensar en soslayarla. Lo que confirma, de Engels (*La cuestión campesina*) a Kautsky (*La cuestión agraria*), la lucha para obtener de las organizaciones obreras la toma en consideración, aunque sólo fuese en términos de alianza de clases, del campesinado, todavía muy numeroso en el Oeste de Europa.

Pero la Segunda Internacional se limitará al canon de la vía capitalismo-socialismo (comunismo), induciendo así estrategias por lo menos extrañas desde el punto de vista del materialismo histórico. España, ofrece un magnífico ejemplo de ello. Pedro Ribas, en una obra reciente, cita una frase de uno de los primeros marxistas españoles, A.G. Quejido, en 1901: "Sabemos que las condiciones sociales de la revolución económica del futuro no tendrán lugar antes de que el presente sistema haya recorrido todo su ciclo de desarrollo; por lo menos que les podemos pedir a los capitalistas es que se comporten como capitalistas, que cumplan correctamente su misión histórica: desarrollar el principio de la apropiación

individual de la riqueza para abrir la vía más justa a la apropiación social<sup>19</sup>. De ahí el olvido, por parte del partido, durante unos treinta años, de la cuestión de campesina y (...) de las cuestiones nacionales y a su duración indeterminada ¿puede verse en ella otra cosa que una expresión del darwinismo socioeconómico tan generalizado por aquel entonces?

La segunda vía de transición, menor-dominante, sitúa bien en el centro de las preocupaciones la cuestión campesina. Pero además de infligirle tratos considerablemente distintos según los contextos (URSS, China, Vietnam, Cuba) se ve forzada a arreglos teóricos, por fidelidad a la ortodoxia, que exigen, particularmente, el mantenimiento del liderazgo político de la clase obrera. Se refiere para ello al libro III del *Capital* y engendra un marxismo desoccidentalizado, anti-imperialista y preocupado por integrar las tradiciones culturales nacionales, como se puede constatar, por ejemplo, en América Latina, desde *Mariategui* a la *teología de la liberación*. Su historia se confunde con los siete últimos decenios de nuestro siglo. Es la de los "injertos" según la expresión de Lenin, entre movimiento obrero (campesino) y marxismo, que proponen una geografía de los marxismos reales, soldando conceptualizaciones y prácticas en entidades indisociables. Tan cierto como que existen varias moradas en la casa del padre.

Si es así, si es verdad que la política proporciona la clave de lectura de las crisis que expresan la modalidad de existencia del marxismo y cuentan su destino, conviene pues tratar políticamente, por su función de revelador, la crisis actual. Dicho de otra manera, hay que, a pesar de los ruidos y de los furros contemporáneos, suspender las recurrencias demasiado apresuradas y resolverse a dar el



largo rodeo del comienzo histórico, es decir, volver al último Lenin. Para ello, una justificación evidente: Lenin fue el primer marxista que hizo una revolución. Marx, Engels y unos cuantos antes que él, lo habían deseado, habían establecido algunas condiciones, sugerido los medios y las finalidades, pero se habían quedado en meros espectadores de sus prolegómenos, —48, 71, el nacimiento del movimiento obrero y de sus organizaciones. No se habían podido convertir en actores. Lenin, él funda un estado, que se ha mantenido hasta nuestro días y cuya

duplicación, fueran los que fueran sus rasgos y sus matices, se ha mundializado, de Europa a Asia, a América y a África. Asumió de hecho, con los bolcheviques, la responsabilidad del paso de una doctrina abierta (inacabada) a su institucionalización, la de la transición y de las problemáticas, antes recordadas, que le son inherentes: definición y papel de los organismos del poder, del partido (de los partidos), de los sindicatos, de las alianzas, de la ideología, de los dispositivos económicos, de la política internacional, etc. ¿Adelantaremos, pues, de acuerdo con el juicio que prevaleció mucho tiempo, hasta en los más lúcidos, (Gramsci, por ejemplo) que Lenin aplicó el marxismo a Rusia? El interés de una idea tan generalmente admitida reside en sus presupuestos. La aplicación en cuestión de técnica, después de pronunciarse la ciencia, el saber hacer la experimentación la confirma. Sería más bien, en este caso, incumbencia de la farmacología o del arte culinario; una vez dado el remedio o la receta, sólo la puesta en práctica pone en tela de juicio. A riesgo de ineficacia, el remedio casero o el emplasto sobre la pata de palo... Paradójicamente, la sencillez de este esquema se revela en la apreciación del trabajo realizado, ya que no sólo el marxismo se conmuta en marxismo-leninismo, que eleva a su propia dignidad teórica, sino que la aplicación se consagra en él como modelo, reproducible urbi et orbi quedando indistintas a partir de entonces las vías mayor y menor de la transición. No cabe duda en la explicación. Lenin, excelente conocedor del marxismo, confrontó perfectamente sus principios con la situación rusa, de la que era un analista sagaz. Su obra, *El Estado y la Revolución* es esclarecedora en este aspecto. Recoge el conjunto de los textos dispersos de Marx y Engels sobre la cuestión<sup>20</sup>, los pone en relación los unos con los otros, los confronta con las diversas interpretaciones de su

tiempo (anarquistas, socialdemócratas, izquierdistas), hace hablar, en primer lugar, el concepto de dictadura del proletariado, su necesidad, su forma, su función, su probable duración, esboza las fases de la transición, consciente de la tremebunda urgencia, ya que al mismo tiempo están llegando a madurez las condiciones de la toma del poder, y deja sin acabar su investigación en el momento preciso en que hay que pasar a la acción. Una vez realizada la revolución, frente a sus obligaciones y a lo inédito de las tareas que comporta, Lenin, se va a poner literalmente a inventar. De esta invención, vamos a ocuparnos ahora con el fin de extraerle algunas lecciones.

2. Sin volver sobre sus veinte años de preparación, me atenderé aquí al ultimísimo Lenin, al constructor de Estado del período 1921-1923<sup>11</sup>. La cuestión lacerante, verdaderamente obsesiva, que lo perseguirá hasta el final de su vida, es la siguiente: ¿Cómo realizar el socialismo en la situación de Rusia? En 1903, lo prologuistas del tomo 33 escriben atrevidamente que los textos reunidos "demuestran que la edificación de una sociedad integralmente socialista era posible en nuestro país" (p.7). Lenin, por lo menos, se muestra más reservado: ¿Quién vencerá: el capitalismo o el poder de los soviets? pregunta en octubre de 1921; y aún, en noviembre de 1922: ¿Sabremos hacerlo? La cuestión no esta zanjada, ni mucho menos" (58 y 455). "Kto kovo. —¿Quién ganará?, como se decía entonces. El balance post-revolucionario aparece sin concesiones: "Nadie podía prever que el proletariado llegaría al poder en uno de los países menos evolucionados, que empezaría por intentar organizar a gran escala la producción y el reparto para los campesinos, y que después, no habiendo podido llevar esta tarea a cabo con motivo de condiciones culturales, haría

participar al capitalismo en su obra" (finales de marzo de 1922, p.316). El país ha salido arruinado de la guerra civil, el hambre impera, el Estado es de los más atrasados y de los más débiles (p.143), faltan cargos técnicos y administrativos: "Somos gentes como quien dice medlo-salvajes" (p.63), "pobres e incultos" (p.248), "no bastantes civilizados" (p.515): el analfabetismo domina (p.72); el enemigo es todavía mucho más fuerte que nosotros" (p.19, 358), en particular el "mercado privado" (p.91). En estas condiciones de subdesarrollo "asiático", lograr la victoria política sea considerablemente más difícil que ganar la guerra, para lo que bastan entusiasmo y heroísmo (p.173) ¿Cuál ha sido la aportación de la toma del poder? La respuesta de Lenin es doble, por un lado, "la realización de la revolución burguesa", "llevada hasta el final" (p. 43 y sig.) precisa, y por otro lado, " la creación del tipo soviético del Estado " que va bastante más allá de 1793 y de 1871 (p.12). ¿Cómo entender estas dos afirmaciones? (p.207) ¿Qué "revolución democrática burguesa", sin burguesía en el poder? ¿Qué Estado soviético, si las antiguas estructuras (y el antiguo personal) no se han movido? ¿Constataremos, con Deutscher, que se trata de la "combinación de una revolución burguesa y de una revolución proletaria"<sup>12</sup>? Pero tanto la una como la otra están faltas de realización y es este monstruo político que hay que explicar. Lenin se esfuerza en ello y bautiza al bastardo: La Nueva Política Económica, la NEP. Su principio es el del "capitalismo de Estado" cuya justificación es tanto más difícil cuanto que evoca el modelo alemán y suscita en las filas de los bolcheviques las mayores reservas. Lenin evalúa las objeciones e intenta refutarlas. El capitalismo de Estado soviético, insiste, es una figura completamente original, ya que el proletariado detenta el poder y la propiedad. Y es perfectamente

consciente del carácter inédito de esta invención teórica, producida por lo inédito mismo de la revolución rusa: "No existe ni un sólo libro que examine el capitalismo de Estado en régimen comunista" (p.282); "hasta ahora, los libros mínimamente sensatos sobre el capitalismo de Estado se han escrito en condiciones y en una situación tales que el capitalismo de Estado era una capitalismo, ya que obliga a los comunistas a aprender de los capitalistas, a seguir su escuela (p.66, 175 etc) a actuar "como mercaderes" (p.268,



a propósito de la Conferencia de Génova), a entablar estrechas relaciones con los capitalistas extranjeros (p.215) y a desarrollar las "sociedades mixtas" (p.276, 383, 440, 468). La necesidad careciendo de ley, se adelantan extraños argumentos en esta línea: "Si el capitalismo se restablece, será también, por consiguiente, el restablecimiento de la clase del proletariado" (p.59) o "hay que fundamentar cada rama importante de la economía nacional sobre el interés personal" p.64.

¿Se trata acaso de un mal momento a pasar? Cuando Lenin describe la periodización de la NEP, apunta que el "paso atrás" necesario en 1921, que consistió en "abandonar la edificación socialista inmediata" y en "replegarse hacia el capitalismo de Estado" (p.89), podría detenerse en 1922 (p.224), pero no se hace ilusiones: "Ello implica el trabajo de decenios enteros y hay que consagrarle inmensos esfuerzos" (p.176). Frente a los peligros de esta restauración —auge de la burguesía y desarrollo del capitalismo, la regla es evidente: controlar y "corregir" el capitalismo (p.316).

Pero ¿con qué medios? Debemos detenernos aquí y considerar los protagonistas. Son tres: las clases o capas sociales, el Partido y el Estado. En lo que se refiere a las primeras, el protagonismo, el que detiene el poder, el proletariado, se encuentra en una situación dramática y casi desesperada. Lenin no lo oculta. Desde octubre de 1921, en relación precisamente con la esperanza determinista de una reconstrucción del proletariado gracias al capitalismo, apunta: "Los capitalistas van a beneficiarse de nuestra política, y van a crear un proletariado industrial que, en nuestro país, por causa de la guerra, de la ruina y de las terribles destrucciones, se encuentra desclasado, es decir que ha

sido desviado de su camino de clase y deja de existir como proletariado (...) Como la gran carga la industria capitalista está arruinada y como las fábricas y las empresas están inmovilizadas, el proletariado ha desaparecido. Se le ha hecho a veces figurar como tal, de manera formal, pero no tenía raíces económicas " (p.59). Este proletariado, "agotado" (p.19), totalmente minoritario en la población ha sido además ampliamente absorbido por los aparatos de gobierno, mientras que no-proletarios venían, en su lugar, a "emboscarse" en las fábricas (p.305). La pequeña burguesía, que los



hombres de la NEP vendrán a reforzar, es mucho más influyente, hasta en los obreros, por el canal de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios, de acuerdo con la contra-revolución exterior. Por consiguiente, este proletariado se ve condenado a ganarse el campesinado, que representa las inmensas masas del país: "El problema mayor, el problema-clave, es el de la actitud de la clase obrera hacia el campesinado, es la alianza de la clase obrera y del campesinado" (p.155). Esta alianza, que Lenin preconiza desde el principio del siglo, con sus análisis del populismo, representa la única salvación de la revolución. La NEP, no deja de repetirlo, está hecha para él, para el

campesinado. Es la condición de la "edificación del socialismo cuando se trata de un país campesino" (p.55); concierne a "la nueva economía" y a "la economía campesina" (p.274), sin ella "el campesino no puede vivir ni trabajar" (p.318); es "la transición del nuevo estado de cosas por la *vía más sencilla, más fácil, más asequible al campesino* (p.481, subrayado L.); hasta exige su extensión a los "nepmen", es decir al burguesía" (p.499); pero "en el mejor de los casos", necesitará diez o veinte años (p.483). De lo que se desprenden medidas como el paso de las requisas forzadas del comunismo de guerra al impuesto en especie (p.57, 94, 157) o, última directriz de Lenin, como lo veremos, a las cooperativas.

El Partido no está mejor que el proletariado. Numéricamente débil (p.193), insuficientemente proletario (p.259), atravesado por dimensiones ideológicas particularmente "izquierdistas", reacias a la NEP (p.99), no sabe administrar (p.255), ni gestionar la economía (p.278, 293, 338) y es tentador para los carreristas (p.260). Su "vieja guardia es poco numerosa" (p.260). Sea cual sea la calidad de sus militantes padecen de "suficiencia" y no son insensibles a la corrupción (p.72 y sig.). En una palabra, el Partido no puede hacer nada solo. "Construir la sociedad comunista mediante la acción de los comunistas es una idea de los más pueril. Los comunistas son una gota de agua en el océano popular (...) la gran masa de nuestro partido no tiene conciencia de la necesidad de hacer trabajar a los sin-partido" (p.297-298). El llamamiento de Lenin, sobre este punto, es particularmente apremiante: las fuerzas más valiosas son indicaciones de la "masa proletaria sin-partido, y en muchas ocasiones de las de la masa campesina sin-partido" (p.32). Los sindicatos deben convertirse en "la escuela de comunismo" de los sin-

partido (p.185). La depuración del partido se hace pues indispensable. En octubre de 1921, Lenin estimaba el número de comunistas por expulsar entre 100 y 200.000 (p.70) y todavía considera, en marzo del 22 que la cifra de 300 a 400.000 miembros es "excesiva" (p.258). Exige que se impongan "duras condiciones" (p.135) para la admisión, y hasta que en cada caso se haga un examen individual (T.45, diciembre del 21, p. 394). Ahora bien, ya en este ámbito como en otros, las cosas se le escapan. Stalin, secretario general desde 1922, refuerza la autoridad de la función, así como la suya. Está especialmente encargado de vigilar a Lenin, durante su enfermedad, que se agrava, y toma disposiciones para prohibirle el acceso a los informes políticos. Entre dos hombre la tensión irá creciendo hasta que Lenin pide la suspensión de Stalin de su cargo<sup>13</sup>.

Mientras tanto, como lo nota Lenin, "mientras se debilita la clase obrera, el Partido crece"<sup>14</sup>. El secretario de organización (Orgjburó) afirma la omnipotencia de su control y el secretariado político llega a confiscar el poder real en su provecho. Aparecen nuevos dirigentes y se acentúa la separación entre activistas e intelectuales, en perjuicio de estos últimos (ibid, p.69). La centralización, debida al "partido de gobierno único" (p.312) se acelera igualmente.

Último protagonista de esta escena histórica, el Estado, o más bien su aparato, hace también papel de bastardo. Su carácter es doble: aúna lo nuevo, —el "tipo soviético" o proletario, y lo antiguo, a su vez zarista (herencia) y burgués (NEP obllga). Esta mezcla, que posee "defectos escandalosos" (p.467) y representa un "caos de ilegalidades" (p.372) sólo es un parte imputable al "antiguo aparato del Estado" (p.440), que "no ha cambiado" (p.454) y del cual un gran número de funcionarios sigue, por necesi-

dad, en su sitio, por lo menos en la base.

Lenin aplica sus dos últimos años en instruir el proceso de las nuevas estructuras. Tacha la Oficina central de las estadística de "modelo de institución burocrática" (p.21). Denuncia incansablemente la impericia de los responsables, la inflación del número de comisiones (p.313), la pesadez y la incapacidad de los aparatos de gobierno (p.404), o las debilidades de los tribunales (p.181, 365). Las toma en particular con el comisariado para el Comercio exterior cuyas concesiones a los capitalistas son demasiado importantes y que tiene tendencia a poner en saldo el monopolio, indispensable para el éxito de la NEP (p.298; t.45, p.443, 508, 529, 566, 621, etc.). Multiplica las recomendaciones más concretas, sobre la flota (45, 225), sobre el oro (229, pássim), sobre el correo (287), sobre la madera (300), sobre el maíz y las judías (331), sobre la turba (468), sobre los motores (476), sobre la cebada (480) o sobre los gobios o los esturiones (616) (...) Controla, rectifica, censura o sanciona el trabajo de sus colegas, que llama al respeto de la legalidad (267, 290, 329, 557, 619: contra Stalin). Tampoco perdona al *Sovarkon*, su creación por excelencia: le pide a Molotov, en marzo de 1922 que "encuentre personas inteligentes y peleonas para hostigar a todos los Comisariados del Pueblo" (507). Tampoco teme recurrir al terror, que la NEP no ha eliminado (509). Le confía a Trotsky: "No sé qué hacer, ni cómo actuar (...) la ola del comercio es más fuerte que nosotros" (311).

La burocracia, simboliza por el "viejo Oblomov", fabricante de planes, parásito (33,227), es evidentemente el nombre del azote común a todos estos disfuncionamientos. Alcanza a todo el mundo, sin olvidar a los intelectuales (301). Ahora bien, no puede reducirse a



la mera herencia rusa, como lo subraya Lenin, y Lenin, que no tiene palabras bastantes duras para fustigarla, se turba en su explicación de que "se ha convertido en la base social del poder" (p.15) y en el verdadero sustituto de las clases de las que ha escapado, —burguesía y proletariado—. Lenin asiste, impotente, a sus efectos sobre la cuestión de las nacionalidades. El "chauvinismo gran-ruso" pervierte completamente las tesis sobre el derecho de las naciones a disponer de ellas mismas. El "asunto georgiano" (Ordonikidze, Stalin) lo demuestra.

¿Son posibles paliativos? Lenin, en sus últimas intervenciones, propone dos. El primero pretende la reorganización del poder. Se trata de, reforzando su autoridad, asignar al nuevo comisariado de la Inspección obrera y campesina (en primer lugar confiado a Stalin, que ya era comisario de las nacionalidades) la tarea de vigilar, reformar y depurar, en caso de necesidad, la enorme máquina estatal (p.495 y sig.).

El último deseo de Lenin, sus últimas líneas (p.517), consiste en proyectar la fusión de la Inspección, una vez renovada, con la Comisión central de control, con el fin de ampliar su misión al partido en persona (...) El segundo remedio se refiere a la alianza. Es de una importancia capital: "hemos encontrado hoy el medio de com-



binar el interés comercial privado por un lado, y su control por el Estado por otro, el medio de subordinar el interés privado al interés general, lo que era antes un escollo para muchos socialistas" (481). Este remedio, es la *cooperación* que Lenin confiesa haber sido "olvidada" por la NEP! (482). El argumento invocado para justificar este nuevo mixto privado-colectivo es el mismo que aseguraba lo bien fundado del capitalismo de Estado: "Las cooperativas (...) no se diferencian de las empresas socialistas si las tierras en las que están establecidas y los medios de producción pertenecen al Estado, es decir, a la clase obrera" (486). Desde entonces, "el régimen de los cooperadores asociados (...) es el régimen socialista" (p.484, 4 de enero del 23).

El texto que precede el silencio definitivo de Lenin, publicado en

el *Pravda* del 4 de marzo de 1923, nos ofrece una conclusión natural. Su título es significativo, *Más vale menos, pero mejor*. Vuelve sobre la necesidad de las reformas, referidas al aparato de Estado "en el que las cosas van tan mal, para no decir que son odiosas", y a la "República de los Soviets, que no es más que un batiburrillo"; referidas a las organizaciones del Partido, invadidas por los burócratas. Recurre a la formación de un "buen material humano". Tenemos que, insiste, en "instruirnos", acceder al saber, a la civilización. Su duda inicial vuelve: "¿Sabremos aguantar con nuestra pequeña y muy pequeña producción campesina, con el estado de deterioro de nuestro país, hasta el día en que los países capitalistas de Europa occidental logren su desarrollo hacia el socialismo?". Pero Lenin ha dejado de creer, desde hace mucho, en esta perspectiva. La revolución del 17 no ha hecho escuela y hay que resignarse al aislamiento de Rusia, que representa una desventaja suplementaria. "¿Es concebible de manera general, — escribía a finales de 1921 (p.151-152), la existencia de una república socialista en medio del cerco capitalista? Parecía inconcebible, política y militarmente. Ahora bien, es posible, sobre los planos políticos y militares, es un punto demostrado, es un hecho probado. ¿Y sobre el plano comercial? ¿Y sobre el de los intercambios económicos? ¿Y los contactos, la ayuda, el intercambio de favores entre una Rusia agrícola, atrasada y arruinada, y el grupo de las ricas potencias capitalistas de industria desarrollada, acaso son posibles...? "Por eso, él, el Occidental, acaba volviendo hacia Oriente sus esperanzas, hacia la India, China, "la inmensa mayoría de la población del globo". "Oriente ha entrado definitivamente en el movimiento revolucionario" (...) Son muchas las desilusiones que se añaden, como lo apunta Lewin, a este "va-

cío entre pisos en el que nuevo poder se encuentra colgando: la infraestructura económica"10. El optimismo que reafirma el pudrimiento de "la vieja Europa burguesa imperialista" (p.366, 216) que anunciaba la victoria "muy cercana" del proletariado revolucionario parece bastante convencional. La coyuntura posterior a la toma de poder por los bolcheviques y sus insoslayables dificultades han afectado duramente las certidumbres doctrinarias desarrolladas hasta *Estado y la revolución* (1917) más allá aún, hasta el *III Congreso de la Internacional comunista* (agosto de 1921). "El análisis concreto de la situación concreta" obligado a rebajar pretensiones con respecto a una transición que decidía su propio código. Rectificaciones, "pasos hacia atrás transgresiones e invenciones" transformaban en requisito indispensable de una práctica política que sólo podía contar con ella misma. Lo vimos para el capitalismo de Estado: "El paso al comunismo es posible hasta por mediación de capitalismo de Estado si el poder está en las manos de la clase obrera" (415); es lo mismo para las cooperativas cuyo carácter contradictorio ya había recalcar Marx17. Siguiendo la misma lógica Lenin se ha llevado a revisar las gran oposición entre reformas y revolución. En principio todo queda igual, pero se produce en forma un cambio que ni el mismo Marx habría podido prever (antes de la victoria del proletariado). Las reformas son un producto accesorio de la lucha de clase revolucionaria. Después de la victoria (aunque a escala internacional sigan siendo este mismo "producto accesorio"), constituyen además para el país en el que se ha conseguido la victoria, una tregua indispensable y legítima en el caso que, tras una tensión extrema, llenen notoriamente las fuerzas para superar, siguiendo la vía revolucionaria, tal o cual etapa. (11.112).

¿No debe también extenderse la alianza mismo, entendida como la indispensable asociación de la vanguardia y de los no-revolucionarios, a "los representantes de las ciencias modernas de la naturaleza"? Y ¿no sería ilegítimo preguntarse si la idea de una "sociedad de los amigos materialistas de la dialéctica hegeliana" (p.235-237) no es también una forma de "retirada"? En cuanto a la tesis, por fin, de la "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos", dicho de otra manera del poder de los Soviets, expresión de las "amalgamas", ¿no se ve radicalmente pervertida en el juego de los aparatos del Estado y del Partido, en los que los Soviets tienen tan poco espacio? Se entiende que sólo le quede a Lenin, como último recurso, apelar a los *hombres* y a la ética revolucionaria, así como Robespierre, ciento treinta años antes que él, había apelado a la virtud<sup>18</sup>: "Hemos llegado a una situación en la que lo esencial está en los hombres, en la opción de los hombres" (p.309).

*Kto kovo (¿Quién vencerá?)*: la historia ya ha dado su respuesta. La "apuesta que no estaba ganada pro adelantado" <sup>19</sup> se ha perdido. ¿Si siquiera Lenin, tan armado teóricamente, y tan curtido políticamente, podía hacer que prendiera un injerto en el que estaban reunidas tan pocas condiciones, que triunfara una transición comunista cuyas fuerzas esenciales, sociales, políticas, económicas, culturales e internacionales, eran tan mediocres por no decir francamente claudicantes.

El "viraje" de la NEP, que había sido ampliamente aprobado en el seno de la dirección soviética, a pesar de las reservas de una oposición de izquierda, fue también objeto, no sin malicia, de una acogida favorable de la "derecha" —mencheviques, socialistas-revolucionarios e Internacionales II y II 1/2 (20). Lenin tomaba particularmente con

Otto Bauer que se felicita del retroceso hacia el capitalismo y de la naturaleza burguesa de la revolución. Le opondrá la voluntad justamente de "llevar a buen término la revolución burguesa" (p.306) y amenaza con hacer fusilar a los que desearían transformar el proceso en retirada completa (p.287). De hecho, la impresión de que se trata de una marcha atrás está generalmente compartida. La social-democracia, con Kaustsky, adelanta ya el análisis de la aparición de una nueva capa social burocrática, que asocia los intereses del capital y del Estado<sup>21</sup>. La burguesía internacional percibe la posibilidad de una ventajosa reanudación de los intercambios con la República de los Soviets. Lloyd George que había invitado a Lenin a la Conferencia de Génova (1922) sobre el equilibrio económico en Europa, declara: "Lenin había entendido por fin que no se podía calentar locomotoras con las doctrinas de Marx"<sup>22</sup>. Jules Guesde, el fundador del partido obrero en Francia, que desaparece en 1922, expresa su extrañeza al anuncio de una revolución comunista por parte de los bolcheviques, ya que Rusia no poseían

ninguna de las condiciones requeridas. En 1938, Anton Pannekoek, el teórico del consejismo, no duda del carácter estrictamente burgués de la revolución; "Una nueva clase dominante ha impuesto por su poder a la clase obrera"<sup>23</sup>; "no se le puede reprochar al bolchevismo ruso el haber abandonado el camino de Marx, pues jamás lo ha conseguido"<sup>24</sup>. El mismo año, el filósofo Nicolas Bardiaev escribe, en *Las Fuentes y el sentido del comunismo ruso*: "La revolución comunista se realiza en Rusia (...) en contradicción con la mayoría de las afirmaciones de Marx sobre el desarrollo de la sociedad"<sup>25</sup>. Más cerca de nosotros, Fernand Braudel constata: "El hecho que hay que subraya, es que, por accidente, la revolución socialista empezó en el gran país menos industrializado de la Europa de entonces. Por esto era imposible que la revolución se desarrollase según el esquema marxista de la toma del poder por el proletariado. El PC o sea una minoría ínfima se apoderó del poder"<sup>26</sup>. La lista podría alargarse indefinidamente hasta C.Bettelheim, R.Bahro y los movimientos troskistas...







Si es verdad que los analistas más lúcidos se habían negado a admitir este fracaso y a medir su amplitud real, invocando, aquí los determinismos del desarrollo, allí las coerciones inevitables, más lejos la irradiación, indudable esta, de una esperanza, la actualidad de nuestro final de siglo arranca las anteojeras. El "fin del comunismo", es el fin de aquel comunismo, *que ya había nacido muerto*. La "victoria del capitalismo", y la fascinación producida por la pareja mercado-democracia, se parecían, entonces, menos a una restauración que a una continuidad que, setenta años más tarde, provocaría la reunión de dos tipos de desarrollo *capitalista*, hasta ahora separados y aparentemente antitéticos. Visto desde este ángulo, "el socialismo realmente existente", alias el "marxismo real", no sería ni el adolescente rebelde, ni aún menos el hijo pródigo;

volvería como pariente pobre y arrepentido al redil familiar.

Una (hipo)tesis como ésta exige no obstante ser examinada con renovados bríos, pues desemboca a su vez en la problemática siguiente: si es seguro que, en Rusia, el poder se ejerció en lugar de la burguesía y la economía se desarrolló en lugar del capitalismo, ¿qué sentido hay que dar a este "el lugar de"? Y, ¿qué consecuencias sacar de ello?

\* Este artículo reproduce la conferencia pronunciada por G.L. en la FPA el día 25 de abril pasado.

\*\* Georges Labica, es vicerrector de la Universidad de París X-Nanterre.

Traducción de Arturo Obach

## Notas

1. En el sentido en el que Althusser escribía "¡Por fin la crisis del marxismo!", en *Il Manifesto, Pouvoir et opposition dans les sociétés post-révolutionnaires*, París, 1978.
2. Undécima de las *Thèses sur Feuerbach*; cf. nuestra obra, bajo este título París, P.U.F. 1987.
3. Según excelente expresión G. Bensussan, "crises du marxisme" G. Labica et G. Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, París, P.U.F. 2ª ed. 1985.
4. Lo mostré en otra parte, "Le marxisme, orthodoxie et hétérodoxie, Pour bilan critique", en *L'Univers philosophique*, París, P.U.F., 1989, p.314.
5. Cf. E. Ballbar, G. Luporini, A. To:

*Marx et sa critique de la politique*, París, Maspéro, 1979.

6. Para todas las nociones y muchas más posteriormente, me permito remitir a las entradas correspondientes del *Diccionario crítico del marxismo*, ya citado supra.

7. "¡Longuet, último prodhoniano y Lafargue último bakuniano! ¡Qué el diablo se los lleve!" Carta de Engels del 11 de noviembre de 1882.

8. Cf. *Sur les sociétés précapitalistes*, París, CERM, Ed.Sociales, 1970.

(9) *Aproximación a la historia del marxismo español*, Madrid, Endymion, 1967, p.58-59.

10. Con la notable excepción de los que se inclinan por la vía "pacífica".

11. Este período corresponde al tomo 33 de las *Oeuvres*, París-Moscú,

Ed.sociales, 1963; sin mención particular, la paginación, en nuestro texto, corresponde a esta obra. También recurriré al t. 45, *Correspondance 1920-1923*, misma edición, 1970.

12. *La révolution inachevée, 1917-1967*, París, R.Laffont, ed.1967, p.48.

13. El 4 de enero de 1923, ver Moshé Lewin, *Le dernier combat de Lénine*, París, Ed.de Minuit, 1978, Cap.V y VI.

14. Op.cit, p.28.

15. Op.cit, p.127.

16. Op.cit, p.31.

17. *Le Capital*, París, Ed.sociales, III, 2, p.105.

18. Cf.G.L. *Robespierre, une politique de la philosophie*, París, P.U.F, 1990, p.22 y sig.

19. Lewin, Op.cit, p.37.

20. Fundada en 1921, en Viena, por grupos centristas que se habían escindido de la IIª internacional, escisión que terminará en 1923.

21. La tesis de Kautsky será desarrollada en varias obras, desde *Terrorisme et communisme* (1921) hasta *Les Bolcheviks dans l'impasse* (1930).

22. Citado por G.Walter, *Lenine*, París, Julliard ed.1950, p.448.

23. *Lenin as philosopher*, London, Merlin Press, 1975 traducido del alemán por el autor, p.7.

24. *Ibid*, p.97.

25. París, Gallimard ed.1963, p.208.

26. *Grammaire des civilisations*, París, Arthaud-Flammarion, 1987, p.581